

ganarse; gentes asustadas venían de las afueras ó de los barrios occidentales, anunciando que soldados desconocidos saqueaban las casas y daban caza á las gallinas, y gritando á los habitantes: «¡Tened aliados!».

Entre los moradores de Moscou más sorprendidos con la llegada de los franceses, debe contarse al marido de una tal Elena Alexioevna Pokkovski, diácono á la sazón de la modesta iglesia de la Yakimanka. Era bastante instruido, componía sermones y sabía verificar. De carácter taciturno, severo, obstinado, se hacía temer hasta de su joven esposa. Muchas veces le había insinuado Elena que bien podría suceder que Napoleón se presentase; mas él, por toda respuesta, se encogía desdenosamente de hombros y enseñaba á su mujer el bando del gobernador donde se leía: «Respondo con mi vida...»: palabra de gobernador era á sus ojos palabra del Evangelio. Figúrense nuestros lectores la decepción que experimentaría cuando se convenció de que los invasores habían entrado en la ciudad. Muchos años después, refirió el hecho la mujer del diácono á cierta dama rusa, que lo consigna en un libro, con otros recuerdos de aquel memorable suceso, y de él lo ha trasladado Rambaud á su lindo opúsculo *Rusos y franceses*. No insistimos al deseo de transcribir el interesante relato. «Un día, dice Elena, me hallaba sentada junto á mi ventana, haciendo media; de repente, veo venir á la mujer del sacristán gritando: «Comadre, los chicos dicen que Bonaparte está en la barrera de Dragomilof y en la de Kaluga». Dejé caer la calceta y empecé á dar voces: «¡Dmitri Vlasith!, ¿oyes?» Mi marido estaba en una habitación inmediata.—«¿Qué ocurre?» preguntó.—«Hay, contesté, que Bonaparte está ahí; la mujer del sacristán acaba de decírmelo». Dmitri se echó á reír. «¡Qué necia eres! exclamó. Crees á la mujer del sacristán y no crees al general gobernador. He aquí el bando del conde; lo he leído, ¿sabes? Vete, pues; lo mejor que puedes hacer es preparar el the. Entretanto, déjame: estoy componiendo un sermón. «Le llevé el the..... De pronto, resonaron gritos en la calle. El padre diácono se asomó á la ventana y miró; después, dejó su taza sobre la mesa. Ví que sus manos temblaban, y me fijé en su rostro; estaba pálido, como si se hubiese restregado con harina. Entonces le interrogué: «Mi buen padre, ¿qué tienes?» Parecía que la lengua se le había pegado al paladar.—Murmuró: «¡Los franceses!», y se sentó. Le di agua y le dije que era preciso no entregarse á la desesperación, que Dios es bueno y misericordioso. Nada respondió. Poco á poco fué volviendo en sí, y su rostro recobró el color. En seguida se levantó, cogió el bando de Rostoptchine, lo rompió en mil pedazos, tornó á asomarse á la ventana y permaneció inmóvil, como muerto. Por mi parte, tenía tanto miedo que no me atreví á dirigirle la palabra».

Murat se enteró en el Kremlin de la partida de los senadores, de todas las personas acomodadas, del gobernador. Napoleón se pasó esperando todo el día catorce á sus «boyardos». «Tal vez, se decía, escs habitantes no saben aún lo que es rendirse». Al fin, le presentaron, á título de diputación, algunos moscovitas plebeyos y varios mercaderes ex-

tranjeros. «Los rusos, le manifestaron éstos, han evacuado á Moscou, y en la ciudad no quedan sino algunos comerciantes extranjeros como nosotros y vagabundos de la clase más ínfima. Haremos cuanto dependa de nosotros para servir á V. M. y le suplicamos que nos ampare». El Emperador pasó la noche en el arrabal, y nombró á Montier gobernador de Moscou. «Sobre todo, previno á Mortier, nada de saqueo; me respondéis de ello con vuestra cabeza». A las pocas horas se supo que había estallado un incendio en la Bolsa, pero añadiéndose que ya estaba dominado.

El día quince por la mañana, Napoleón y su guardia entraron solemnemente en el Kremlin, á los sones de la Marsellesa. «Héme ya en Moscou, dijo el Emperador, en el palacio de los czares, ¡en el Kremlin!». Moscou estaba formado por tres ciudades concéntricas: el Kremlin, con el *Kitaï-Gorod*, nombre que se vertía, inexactamente á lo que parece, por el de *ciudad china*, y el *Gostnyy dvor*, el Bazar, que encerraba cuantiosísimas riquezas; la *Ciudad Blanca*, rodeada de una muralla de piedra, y la ciudad de Tierra, circuida de un sencillo terraplén. Napoleón subió á la torre de Ivan el Grande, y recreó sus ojos á su sabor en el soberbio panorama. A excepción de los palacios de Kremlin, de las iglesias y de algunas casas nobles, el resto de las construcciones era de madera, siendo los incendios tan terribles que las ordenanzas municipales prohibían tener fuego en los hogares durante el verano. Aquella ciudad tan extensa, desamparada por sus pobladores y privada de todo recurso contra las llamas, podía convertirse fácilmente en un volcán. La víspera, los bandidos puestos en libertad por Rostoptchine y los siervos que sus amos no se llevaron consigo, habían empezado el saqueo, á pesar de lo cual aun pudo contenerse al ejército. Los soldados, instalados en las mejores mansiones, descansaban de sus fatigas en medio de la abundancia y el lujo. Napoleón había escrito á Alejandro el mismo día catorce, y esperaba que su antiguo aliado le pidiese la paz.

En el transcurso del día quince, saltó el fuego en el depósito de aguardientes de la corona; se logró sofocarlo; más en el acto surgió imponente en el Bazar, donde existían diez mil tiendas y estaban los almacenes del Estado, llenos de torrajes, vinos, licores, municiones y pólvora. El Bazar lindaba con el Kremlin, en que se habían colocado cuatrocientos arcones de la artillería de la guardia y se hallaba el arsenal ruso, que contenía cuatrocientas mil libras de pólvora, sin contar los cartuchos. La alarma, pues, fué muy grande. A pesar de ella, como aún se suponía que el incendio era obra de algún accidente, se procuró apagarlo. Los esfuerzos que se hicieron para conseguirlo resultaron inútiles: las llamas se propagaron con rapidez, y las tropas se entregaron al saqueo de riquezas condenadas á desaparecer entre las brasas. Sopló el viento del equinoccio, y el flamígero océano invadió los barrios occidentales, los más ricos de Moscou. Los franceses comprendieron entonces que no se trataba de un hecho casual. Sorprendióse *in fraganti* á muchos incendiarios; se encontró entre ellos á soldados y á agentes de policía; se les

halló encima botellas de petróleo y otras materias inflamables; la desaparición de las bombas de incendios acabó de dar á conocer la verdad, y en la madrugada del día diez y seis despertaron á Napoleón para comunicarle la noticia. «Escitas al cabo», exclamó aquél. El palacio imperial corría grave peligro de ser presa del voraz elemento, y Napoleón, á instancia de sus generales, salió de él y se trasladó al parque Petrovski, atravesando las calles del tránsito «entre dos murallas de fuego». Los cuerpos de ejército franceses desalojaron sus acantonamientos de la ciudad; huyeron de ella los habitantes que quedaban; quince mil de los soldados heridos en Borodino, abandonados en las ambulancias, murieron abrasados.

En los días diez y siete y diez y ocho continuó el incendio, y como el viento saltara bruscamente durante ellos de un cuadrante á otro, no hubo ningún distrito que se librara del azote. El veinte sosegó la atmósfera, comenzó á llover y el fuego se detuvo, falto de alimento, dejando por todas partes enormes montones de escombros y maderos ardiendo, que de vez en cuando despedían intensas llamaradas. De cuatro mil casas de piedra, se quemaron, en todo ó en parte, tres mil ochocientas; de ocho mil de madera, no quedaron en pie sino quinientas; de mil seiscientas iglesias, ochocientas fueron reducidas á cenizas y setecientas sufrieron desperfectos. La guardia logró salvar el Kremlin, formando una cadena con cubos llenos de agua, y el barrio del Puente de los Mariscales pudo también ser aislado por los granaderos y la colonia francesa que lo habitaba. El Gran Ejército volvió á instalarse en sus acantonamientos, no siendo ya posible evitar el saqueo. Los alemanes, especialmente, se entregaron á él con verdadera furia, llamándoles los moscovitas el ejército *sin piedad*. Los württembergueses profanaron y despojaron las tumbas de los antiguos czares. La capilla de la Anunciación, donde los emperadores se casaban, fué convertida en caballeriza y el altar en pesebre, pateando los corceles el solado de ágata. Los soldados se alojaron en las iglesias, horrorizando á los naturales con los ultrajes de que hacían objeto lugares y cosas que ellos tanto veneraban. El día veinte, Napoleón escribió otra carta á Alejandro, donde le decía: «La hermosa y magnífica ciudad de Moscou no existe ya: Rostopchine la ha mandado incendiar. Se ha sorprendido en flagrante delito á cuatrocientos incendiarios; todos han declarado que cumplían las órdenes del gobernador y del director de policía; en el acto han sido pasados por las armas. Por fin, el fuego parece ceder; tres cuartas partes de las casas han sido destruidas; la cuarta parte restante subsiste aún».

El día anterior, se había informado Alejandro, por una carta del conde Rostopchine, de la resolución adoptada por Kutuzoff de no defender á Moscou. «Rusia quedará aterrorizada, añadía el conde, cuando tenga noticia de la evacuación de Moscou, lugar en que se compendia toda la grandeza del Imperio ruso y donde yace el polvo de los antepasados de V. M. Sigo al ejército, llevándomelo todo conmigo. No me queda más que llorar á mi pa-

tria». El Emperador, presa de la mayor agitación, envió á su ayudante, el príncipe de Wolkonski, al cuartel general de Kutuzof, para inquirir las causas de «la desdichada determinación». El día veintiuno se presentó al Czar el coronel Michaud, portador de una Memoria explicativa, redactada por Kutuzof. Preguntóle, aquél si la retirada de Moscou había desanimado á las tropas, «Cuando me ausenté, contestó el emisario, el ejército sentía horrible miedo.—¡Cómo! repuso indignado el Emperador, ¿de dónde procede ese miedo? ¿Serán capaces mis rusos de arrojar al suelo por dos accidentes desgraciados?—Nunca, señor, lo único que temen es que V. M., guiándose por los impulsos de su buen corazón, se decida á firmar la paz; arden en deseos de pelear y de demostrar á V. M., con el heroico sacrificio de sus vidas, cuán adictos le son.—¡Ah! me tranquilizáis, coronel. Perfectamente, regresad al ejército y decid á nuestros valientes, decid á todos mis súbditos que encontréis al paso, que cuando ya no me quede un solo soldado, me pondré en persona al frente de mi querida nobleza y de mis queridos labradores y agotaré hasta los últimos manantiales de riqueza existentes en mi Imperio, que son mayores de lo que creen mis enemigos. Pero si la Providencia en sus altos juicios tiene decretado que mi dinastía cese de reinar, después de haber consumido todas mis fuerzas, me dejaré crecer la barba hasta aquí (señalándose al pecho) y comeré patatas, como el último de mis siervos, antes que firmar la ignominia de mi patria y de mi buena nación, cuyos espontáneos sacrificios sé estimar y agradecer en lo que valen.» Se encaminó luego al otro extremo de la habitación, y después, volviéndose de pronto y cogiendo á su interlocutor por el brazo, le dijo, con el semblante encendido de ira: «Coronel Michaud, no olvidéis lo que ahora os digo; tal vez algún día lo recordemos con júbilo. Napoleón ó yo; yo ó él: no podemos seguir dominando el uno junto al otro; he aprendido á conocerle y no volverá á engañarme.»—«Señor, exclamó el coronel entusiasmado, en este momento decide V. M. la gloria de la nación y la salvación de Europa.» La firmeza demostrada por los españoles en su titánica lucha contra el debelador de tantos pueblos, había enseñado á Alejandro la única manera de no ser vencido por él.

Se había Napoleón aposentado otra vez en el Kremlin y se ocupaba en dictar medidas enderezadas á salvar las provisiones que aun le quedaban, medidas que fueron de escaso resultado, y eso que, con lo que antes había en los sótanos, se hubiese podido mantener al ejército seis meses. Se repartieron socorros á los habitantes, especialmente á los individuos que formaban la colonia francesa, y, sobre todo, al *Vospitatelnyi Dom* (Asilo de huérfanos y desamparados), soberbia fundación de Catalina II. A pesar del silencio de Alejandro, no había aún perdido Napoleón la esperanza de entablar negociaciones de paz. Acabamos de ver cuán distintos eran los sentimientos del Emperador de Rusia, el cual, persistiendo en su resuelta actitud, hizo el treinta de Septiembre al embajador del rey Jorge en San Petersburgo, lord Cathcart, importantes declaraciones, que fueron base de